

DISCURSOS ENCONTRADOS. DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA EN LA RESTAURACIÓN DEL PATRIMONIO

Prof. Dra. Beatriz Santamarina Campos. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Valencia. Beatriz.Santamarina@uv.es

Prof. Mauricio Jiménez. Escuela de Restauración y Conservación de Occidente. Guadalajara, México. huevoman@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

En esta comunicación se presentan unas reflexiones en torno a las campañas de restauración y conservación realizadas en una pequeña comunidad rural de México durante los años comprendidos entre 1997 y 2004. El marco de actuación eran los llamados Proyectos de Conservación, Identidad y Desarrollo (CID) impulsados por la antigua CNRPC (Coordinación Nacional de Restauración del Patrimonio Cultural) órgano dependiente del INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia). Dichos proyectos, como su propio nombre indica, entienden que la labor del restaurador no debe verse como algo aislado y que, por tanto, debe existir un trabajo paralelo que implique a la población, de tal forma que se estrechen lazos entre las dos comunidades: la formada por los restauradores y la receptora del trabajo de estos últimos. Con ello se pretende, no sólo dar sentido a la labor del restaurador como conservador de los bienes culturales, sino también conseguir la toma de conciencia del valor del patrimonio que se posee.

Ahora bien, tras las distintas campañas realizadas, han quedado en el aire muchas preguntas con difícil respuesta acerca del trabajo de los restauradores, de la percepción del mismo por parte de la comunidad receptora y de las diferentes concepciones e ideas que se tienen acerca del patrimonio. La experiencia en Ixtla obliga a repensar y reformular los proyectos CID, la concepción tradicional del patrimonio y la propia labor del restaurador. Y es precisamente, en el contexto de las transformaciones experimentadas por el patrimonio, en las últimas décadas, con los procesos asociados a la radicalización de la modernidad (desterritorialización, heterogeneidad y homogenización) cuando cobra mayor trascendencia formular estas reflexiones. La entrada en escena de nuevos agentes, la democratización de su enunciado y el reconocimiento de su complejidad han abierto las puertas a múltiples encuentros que enriquecen su visión y comprensión.

A lo largo de las páginas que siguen, abordaremos fundamentalmente tres aspectos que, a nuestro entender, se evidenciaron tras la realización de este proyecto. En primer lugar, fue patente la existencia de discursos encontrados entre los restauradores y la comunidad. La falta de interlocutores claros y la distinta concepción del patrimonio dificultaron

la implicación de la comunidad y la integración de los restauradores en el poblado. Además, la labor de los restauradores quedó al margen de la dinámica social, pues era percibida como un trabajo de especialistas que no requería la participación de la gente. En segundo lugar, y relacionado con lo anterior, se planteó el divorcio existente entre el conocimiento ‘académico’ y el conocimiento ‘común’, que sitúa el patrimonio restaurado en tierra de nadie o, peor aún, en tierras pantanosas (al construirse el patrimonio, con sus apropiaciones y legitimaciones, desde arriba). Y, en tercer lugar, se vio la necesidad de dotar de sentido al propio proceso de restauración en una comunidad caracterizada por la degradación socioeconómica y la desestructuración social.

EL CONTEXTO DE INTERVENCIÓN: ITXLA

La comunidad de Ixtla o San Miguel Ixtla alberga en la actualidad los restos de más de 70 capillas familiares edificadas entre los siglos XVII y XVIII. Este poblado se encuentra en el municipio de Apaseo El Grande (Guanajuato), en la zona de entrada a las sierras que llevan a los ricos minerales del norte, Guanajuato, Zacatecas y San Luís Potosí. Por esta razón, se estableció, a mediados del siglo XVI, un asentamiento formado principalmente por otomíes -que tenían la misión de “civilizar” a los pames que allí habitaban- y patrocinado por los recién llegados de Europa, interesados en proteger las rutas de acceso a la plata. Ixtla surge como un pueblo de frontera, si bien en el siglo XVIII ya había perdido esta función y se había incorporado a la dinámica económica de la región del Bajío. Es muy probable que, para esa época, algunos trabajadores del pueblo ya se hubieran trasladado a la vecina ciudad de Querétaro para dedicarse al oficio de la construcción, pues la ciudad vivía un periodo de auge en la edificación de numerosos templos y casas. La adquisición de conocimientos de arquitectura y la subsistencia de las tradiciones religiosas de la etnia permitieron que se edificaran estas capillas, concebidas como representaciones a escala de los templos queretanos. Además de su valor arquitectónico, las capillas fueron aderezadas con pintura mural que ilustran la evolución del poblado hasta ese momento histórico.

Debido a las turbulencias políticas del siglo XIX mexicano, el poblado regresa a su aislamiento en las montañas, aunque con eventuales visitas de ejércitos que arrasan la zona. Durante la Revolución, a principios del siglo XX, el pueblo vuelve a ser objeto de saqueos y, como muchos otros asentamientos, conoce una época de estabilidad que dura hasta la tercera década del siglo. Ya para entonces la población original -otomí o hñahñu, en su propia lengua- estaba dispersa y mezclada con inmigrantes de otros grupos. Por ello, a finales de siglo XX sólo se registra un hablante de hñahñu y las capillas -a excepción de dos de ellas- se encuentran abandonadas. El resto habían sido usadas para fines diferentes a las prácticas religiosas (desde aulas hasta chiqueros). Durante los años setenta del siglo pasado, algunos objetos de las capillas -como

elementos de piedra labrada que, al parecer, fueron trasladados a la ciudad de Guanajuato- fueron saqueadas.

Esta población, como muchas otras de la zona, se fue convirtiendo en un pueblo de emigrantes, principalmente a Estados Unidos aunque también al vecino Querétaro y a la ciudad de México. Hasta entonces, la principal ocupación habían sido las actividades pecuarias de subsistencia, por lo que el pueblo no contaba con servicios y equipamientos básicos. Con la llegada del capital enviado por los emigrantes, el pueblo dispuso de recursos que facilitaron la construcción de una infraestructura que el gobierno municipal no había podido dar. Además, es posible que la elevada tasa de emigración generase entre la población una inquietud sobre su pasado y el valor de su poblado, en una discusión silenciosa sobre si valía la pena seguir ahí. A esto hay que agregar el interés creciente de especialistas del mundo académico que visitaban periódicamente las capillas y que desembocó, finalmente, en la conjunción de un grupo de trabajo con miras a la restauración de las capillas.

LOS RESTAURADORES

A mediados de los noventa del siglo pasado, en el seno de la restauración mexicana, habían surgido una serie de preguntas sobre la conservación del patrimonio. Por un lado, cada vez se cuestionaba más la insuficiente participación del Estado en la conservación, lo que dio lugar a la puesta en marcha de programas como *Adopte una Obra* -donde capitales particulares patrocinaban obras de restauración- que culminó en la restauración del convento oaxaqueño de Santo Domingo.(1) Además, se hacía patente que en México la concepción nacionalista del patrimonio cultural, vinculada a la construcción idealizada de Mesoamérica y marcada por la burocratización-institucionalización de la labor patrimonial, condicionaban el propio desarrollo de la práctica restauradora (Vázquez León, 2003). Por otro lado, había un cuestionamiento más profundo que versaba sobre cómo se debía de pensar la restauración en el contexto nacional, donde comunidades pauperizadas, desintegradas y con una creciente emigración, albergaban tesoros -a los ojos de los especialistas- que, para la propia comunidad eran ajenos o estaban fuera de su esfera de intereses. El desinterés de las comunidades y la falta de recursos de las autoridades provocaba que los bienes patrimoniales, tras ser restaurados, fueran abandonados a su suerte. Existía un clara factura, pues no se podía asegurar la conservación del patrimonio, ya que éste no era reconocido, como tal, por las poblaciones que lo tenían. Al mismo tiempo, dichas comunidades vivían serios procesos de desarticulación social, convirtiéndose en lugares de paso en espera de poder emigrar para mejorar las condiciones de vida. Por este motivo, la entonces CNRPC comienza a hacer una serie de reflexiones que la llevan a redefinir los objetivos de su acción. Se plantea con insistencia que no es posible abordar la restauración si antes no se dan las

condiciones para que se conserve lo que se restaura. Como se señaló, “los bienes culturales no debían seguirse interviniendo de manera aislada, desvinculados de la realidad social en la que se encuentran las comunidades que los detentan”, siendo necesarios “proyectos integrales que [...], a partir de la restauración de los bienes culturales, logren desencadenar un proceso de transformación de los diferentes sujetos y comunidades que interactúan en torno a ellos” (De Herbert, 1999). Así, comienzan los proyectos CID con el objeto de suplir los vacíos conceptuales detectados. En este sentido, se considera fundamental la incorporación de antropólogos y de promotores comunitarios(2).

ENCUENTROS Y EXTRAVÍOS

Dos comunidades (restauradores y población), con lógicas e intereses dispares, deben ponerse de acuerdo sobre qué es el patrimonio para empezar a trabajar en él. Esto conlleva más de una dificultad y obliga a enfrentarnos a las diversas formas de construir el patrimonio y a preguntarnos cuál de ellas es al final legitimada. Detrás de los distintos discursos hay diferentes prácticas y visiones, muchas veces encontradas, lo que requiere un esfuerzo adicional para aceptar otras formas posibles de conceptualizar nuestro legado patrimonial. En definitiva, tal y como se cuestiona Limón Delgado (1999), debemos plantearnos antes que nada: qué es el patrimonio, de quién es el patrimonio, para quién es el patrimonio.

El proyecto de Ixtla comienza a funcionar en 1997, con una primera temporada de trabajo llevada a cabo con alumnos de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía (ENCRM) y restauradores de la CNCPC (Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural). Después de esta primera experiencia, donde participan más de 30 personas -entre estudiantes y especialistas-, se siguen realizando temporadas de trabajo más restringidas que conservan como rasgo común la participación de estudiantes(3).

El primer conflicto surgió ante la incapacidad del grupo de trabajo para identificar a los interlocutores idóneos dentro de la comunidad. Básicamente, se esperaba poder establecer un diálogo para alentar la colaboración de los habitantes de Ixtla en labores de readecuación de los espacios de la capilla y en la obtención de recursos para continuar los trabajos. Pero resultó evidente que la estructura de cargos políticos y administrativos sólo estaba dispuesta a involucrarse en calidad de enlace con autoridades superiores en la esfera municipal. Además, siendo una experiencia inédita para el poblado, no se tenía un referente de cómo comportarse ante los recién llegados y había un gran desconocimiento de cuál sería su labor y los objetivos de su estancia. Ante estas dudas, la mayor parte de la comunidad adoptó una actitud expectante, que sólo fue rota por la curiosidad de los más pequeños. Así se decidió tender un primer puente de comunicación con los niños bajo una doble lógica. Por un lado, se establecerían como interlocutores e intermediarios entre los

restauradores y la comunidad adulta del pueblo, con la idea de que despertaran el interés de estos últimos. Por otro, se pretendía conseguir un objetivo de futuro, ya que si se lograba crear en los niños una noción de patrimonio y conservación en torno a las capillas, éstos se convertirían con el paso de los años en los custodios de estos inmuebles.

Los niños respondieron a la invitación de los restauradores, pero desde una perspectiva propia. Más que las capillas, en primer lugar, se preocuparon por la razón por la que los estudiantes de restauración estaban interesados en ellas. A esto hay que añadir que la mayoría de los estudiantes eran mujeres, lo que provocaba cierta sorpresa y no pocas inquietudes(4). Para ellos era sorprendente ver a tantas mujeres, no sólo estudiantes sino también lejos de su residencia familiar. Reflexiones de este tipo permitieron despertar en el grupo cuestiones tan inusuales como la influencia que su presencia acababa por tener en actitudes y valores de la comunidad.

Si la relación con los niños permitió acercamientos paulatinos a los adultos, fue la participación de los mismos en los trabajos de conservación la que logró crear interlocutores efectivos dentro de la comunidad. De éstos destacó el maestro albañil que, al estar involucrado de lleno en las labores dentro de la capilla, se convirtió rápidamente en el referente para la comunidad y los restauradores. Así, cuando se le planteó a la comunidad la formación de un organismo representativo para los asuntos referentes a las capillas (comité de las Capillas), él fue uno de sus miembros naturales, aunque con el paso del tiempo fue desplazado al considerarse que monopolizaba el comité.

Como ejemplo de las dificultades de comunicación entre restauradores y comunidad se puede señalar una pequeña anécdota. Con motivo del final de la primera temporada, el equipo de restauración planificó la realización de una fiesta de agradecimiento. Para ello, se invitó a la comunidad pero, sorprendentemente, esta tomó la decisión de que la celebración sería organizada por ellos y se convirtió más en una suerte de homenaje para el equipo. Este hecho vino a sacar a la luz que, si bien los restauradores se consideraban integrados en el poblado, sus moradores seguían viéndolos como extraños, identificándolos como “autoridades”(5).

En la segunda temporada de trabajo sólo participaron 7 restauradores. El reducido equipo permitió que fuera más sencillo el acercamiento a la comunidad. Se planteó que la misma debía participar en el proyecto; para ello, se estableció que, cada día, una familia diferente debía brindar la alimentación de los restauradores. Los restauradores entraron, literalmente, hasta la cocina generando, con ello, un nuevo espacio de diálogo al forzar a una familia por día a ser sus interlocutores. Esto provocó que cada vez más adultos se interesaran por el proyecto y comenzaran a cuestionar las acciones que se estaban llevando a cabo, en especial la pertinencia del trabajo que se realizaba. En ese momento, la capilla de La Pinta se encontraba estabilizada estructuralmente y los trabajos se centraban en la restauración de la pintura mural. Se trataba de un trabajo lento y costoso sin apenas visibilidad. Desde el punto de vista

de los nativos, para dejar la capilla como nueva bastaba con pintar encima de los murales. Esta distinta perspectiva puso en evidencia la disparidad de criterios, valores y sentidos de las capillas y la incapacidad de los restauradores por transmitir la importancia de conservar parte de su historia contenida en los murales.

Después de tres temporadas de trabajo, en ese intento de involucrar a la comunidad, se decidió incorporar a jóvenes del poblado en las labores de restauración. Esta decisión se tomó contemplando el hecho de que muchos de estos jóvenes ya habían estado expuestos reiteradamente al discurso de los restauradores y al haber interiorizado las normas y criterios con los que se efectuaban los trabajos de restauración podrían ser operarios eficientes. La experiencia tuvo claroscuros. Por un lado, los jóvenes se mostraron entusiastas por su participación y transmitieron parte de este entusiasmo a la comunidad. Pero, por otro lado, el ensayo fue desalentador, pues los jóvenes no contaban con la pericia técnica necesaria. Aunque no se formularon de manera directa, surgieron interrogantes acerca de la comprensión de las labores de restauración.

Por último, es interesante plantear los problemas ocasionados una vez restauradas las capillas (sus usos futuros). Mientras que para los restauradores la comunidad debía de decidir sobre ellos (aunque surgieron voces proponiendo la creación de un museo), para la comunidad resultaba difícil pronunciarse sobre objetos que tenían una función ambigua. Sin embargo, pronto surgieron distintas propuestas sobre los usos que se le quería dar a la primera capilla restaurada. En la comunidad un grupo pugnaba por convertirla en velatorio, otra porción planeaba utilizarla como una casa de cultura(6). Mención aparte merece la actitud del clero que se había mostrado reacio a reutilizarlas como sitio de culto o de las autoridades civiles que no se habían planteado ningún uso.

PRIMERAS (IN)CONCLUSIONES

No es fácil valorar un proyecto y, de hecho, nuestro propósito no es hacerlo ni en términos cuantitativos ni cualitativos. Pero la experiencia de Ixtla nos permite abrir distintas reflexiones y poner sobre la mesa lo que hemos denominado ‘discursos encontrados’. En este sentido, señalamos dos niveles de desencuentros. En un primer nivel, como venimos apuntando, no hubo un verdadero campo de diálogo entre restauradores y pobladores. En el caso de Ixtla, la conceptualización del patrimonio presentaba discrepancias que ponían en riesgo la propia continuación del proyecto. La disparidad entre el conocimiento ‘disciplinario’ y el conocimiento ‘común’ fueron patentes a lo largo de las temporadas. Pero con pequeñas cesiones y encuentros se llegó en ocasiones a una solución de compromiso. Veamos un ejemplo recordando la dificultad de los restauradores por hacer visible su trabajo(7). La capilla La Pinta fue recubierta exteriormente con un aplanado coloreado, que rompía con su aspecto anterior, siendo patente que algo había ocurrido con ella. A esto se añadió la delimitación de sus lindes y el pavimentado de su atrio,

generando un nuevo espacio dentro de la traza urbana. La comunidad pudo atestiguar cambios (visibles frente a lo invisible del trabajo mural interior), y ya no era necesario discutir si las viejas capillas en abandono eran o no su patrimonio. La recuperación del espacio y la apropiación del mismo por sus moradores fue la clave para su adopción, redefinición y, en definitiva, para su posterior conservación.

En un segundo nivel, las propias instituciones ejecutoras tenían diferentes visiones sobre cómo llevar a cabo el proyecto. En este caso, la discrepancia versaba sobre la forma de abordar el proceso, o lo que es lo mismo, entre una visión académica-teórica y una visión práctica. Desde el principio la CNCPC hizo énfasis en la participación de la comunidad, saltando a la vista el contraste con la ENCRM. Esta última no contemplaba la inclusión de la comunidad en los proyectos y esto se reflejaba en una currícula vacía de contenidos que permitiera a los alumnos conceptualizar su labor en la relación con ellas. Aunque la Escuela era famosa por su tendencia antropológica, ésta se había quedado limitada a una historiografía de corte marxista y a una abundante participación de arqueólogos. Eso dificultó que los alumnos pudieran moverse con soltura en su trabajo de campo, la falta de experiencia y de preparación se hizo constante. Por otro lado, la ausencia de un trabajo paralelo de antropólogos o sociólogos que permitieran conocer las claves culturales de los habitantes aumentó la distancia entre restauradores y comunidad. Ixtla puso de manifiesto no sólo la necesidad de redefinir la currícula sino también la exigencia de trabajar de manera multidisciplinar el patrimonio.

Por último, queda un asunto planteado al principio y no abordado todavía. Nos referimos al cuestionamiento de muchos de los participantes, en las distintas temporadas, sobre la legitimación de su trabajo. En un contexto marcado por la degradación, la desestructuración social, la pobreza y el abandono de la población era difícil no preguntarse por el sentido de la restauración. Muchos alumnos no entendían cual era su función allí, viendo a su alrededor las duras condiciones de vida se planteaban si la restauración de las capillas era una prioridad. Además, los CID situaban el patrimonio como un agente de desarrollo sostenible(8), pero en Ixtla era evidente que sin un desarrollo previo de infraestructuras básicas (como el acceso al lugar o a unas condiciones mínimas de existencia) este modelo carecía de razón de ser. De esta manera salió a la luz la necesidad de poner en marcha proyectos integrales que situaran la restauración del patrimonio dentro de un espacio más global de actuación.

¿Cuál es la labor de la restauración? ¿Cuál es la función de los “especialistas”? Después de experiencias como la de Ixtla, los restauradores han vuelto a una debate sobre los marcos de actuación de su disciplina. Si bien se ha comprobado la pertinencia del proyecto CID, aún no resulta claro ni su operatividad ni sus repercusiones. Lo más llamativo es que se ha difuminado la discusión teórica de fondo acerca del objeto de la restauración, trasladando a las comunidades la definición de nuestros fundamentos teóricos. Desde hace tiempo, es evidente que la teoría

clásica de la restauración ya no explica los fenómenos a los que se enfrenta la disciplina, incluidos los que se remiten a su relación con las comunidades que albergan el patrimonio, pero esto no puede ser la justificación para la parálisis teórica. Antes bien, la confrontación de discursos debe ser motor para el desarrollo de la disciplina. Si no somos capaces de dialogar y de negociar con una comunidad nuestro concepto de patrimonio, es muy probable que esto se deba a la falta de claridad por nuestra parte y no a una incapacidad por parte de la comunidad.

En suma, el reto de la restauración patrimonial pasa por crear espacios de encuentro entre todas las partes implicadas. Desde nuestra perspectiva, lo más importante es quizás, como señala García Canclini, empezar a comprender que las políticas culturales no deben considerar su trabajo como la salvaguardia de objetos ‘auténticos’ sino deben centrarse en aquellos que son ‘culturalmente representativos’. Además, el patrimonio no debe reducirse a especialistas del pasado, si lo reinterpretemos encontraremos que “un patrimonio reformulado que considere sus usos sociales, no desde una mera actitud defensiva, de simple rescate, sino como una visión más compleja de cómo la sociedad se apropia de su historia, puede involucrar a nuevos sectores sociales” (1993:60).

Las políticas de restauración patrimonial futuras deben tener presente la perspectiva de los protagonistas (su visión y sus condiciones); el peligro de no incorporarlas en el proceso de restitución se traduce en desencuentros. La implicación y la interacción con los protagonistas es necesaria para que se lleve a cabo una restitución real.

NOTAS

⁽¹⁾ Obra polémica, premiada y a la vez debatida por sus criterios, planificación y resultados.

⁽²⁾ El Proyecto de Yanhuitlan fue el primero en aplicar el esquema CID.

⁽³⁾ Las temporadas, los trabajos de restauración y las instituciones participantes fueron: Mayo 1997, capilla La Pinta (ENCRM); Julio-Agosto 1997, capilla La Pinta (CNCPC y Servicio Social); 1998, capilla La Pinta (CNCPC y SS); 1999, capilla San Isidro (CNCPC); 2000, capilla La Pinta (CNCPC y SS); 2001, se entrega a la comunidad la capilla La Pinta (CNCPC y SS); 2002, se corrigen detalles de la capilla La Pinta (CNCPC); 2003, se corrigen detalles de la capilla La Pinta y se inicia capilla de Los Ángeles (CNCPC y SS); 2004 capilla de Los Ángeles (ENCRM y Instituto de la Cultura del Estado de Guanajuato).

⁽⁴⁾ Aunque en el poblado las mujeres son parte importante en la toma de decisiones, sus perspectivas de desarrollo son más limitadas que las de los hombres.

⁽⁵⁾ Aquí hacemos referencia al hecho de que tradicionalmente durante las campañas políticas o las visitas de autoridades las comunidades realizan un convite para agasajar a los visitantes. En este sentido, entendemos que percibían a los restauradores como autores y que, por tanto, ellos debían asumir la organización del festejo.

⁽⁶⁾ Hay que aclarar que dicho grupo estaba encabezado por una persona proveniente de una ciudad mediana que estaba interesada en usar la capilla para el desarrollo de grupos corales.

⁽⁷⁾ Esto hecho se hizo evidente cuando se pidió a los niños que pintaran las capillas, lo hicieron dibujando su exterior pese a asomarse constantemente al interior.

⁽⁸⁾ Tal y como señala Hernández (2002) el modelo de desarrollo sostenible aplicado al patrimonio natural se traslada al patrimonio cultural en la década de los ochenta.